



“¿Tienen algo de comer?”: Vivir a Jesús en Venezuela

"¿Tienen algo de comer?" (Jn. 21, 5): Fernanda Vacas, que llegó a Venezuela en 1993 y cumple 30 años viviendo allí, describe su experiencia con Jesús en Venezuela, y por qué esto le ha dado ganas de quedarse.

Guauuuu, impresionante. Jesús está en la historia, en la realidad, ¡HOY!, en la vida de cada día. Anda caminando por las calles y viviendo.

No es ese Jesús que me pide cuentas antes de comulgar. No es el que vigila siempre, hasta mi “pensamiento y omisión”. Ni el que muere por mis pecados o carga con mis culpas. No, ese no es Jesús.

Es un Jesús natural y vital. Está a mi lado, con nombres distintos y acento de muchos lugares: ESTÁ. Y forma parte de esta historia, de esta realidad, de esta Vida. Cuenta conmigo. Cuenta contigo. Hace preguntas, propone, pide ayuda, ríe y llora.

Es verdad que yo le había conocido entre “el mariguncio y Harry Belafonte” en la cocina de mi madre. Es decir, entre música y pucheros, entre el humor y el amor al cada día. También lo encontré en la comunidad de Mata de Alcántara: un pequeño pueblo de Extremadura, dos Hermanas del Sagrado Corazón, un amor por entregar. Y entre Moratalaz y Aluche, con Feli y una comunidad de Hermanas en “amor mayor”.

Pero, ¿en qué momento lo olvidé? ¿cuándo encerré la naturalidad de Jesús entre los muros de la institución? ¿cómo me convencí que aprender a amar con él era cumplirle a la religión? ¿por qué me alejé, me estructuré, me uniformé?

... y es entonces cuando Jesús me pregunta: “¿Tienes algo de comer?”

Este año se cumplen 30 de aquél momento. Yo estaba cerca de los 24 años y llegando a Venezuela que me hablaba: “¿Tienes algo de comer?”. E inmediatamente comienzas a mirar alrededor y te asustas: ¿tendremos algo de comer? Pues “echemos las redes al otro lado” (Jn, 21, 6). Porque si realmente no tenemos algo de comer para los niños que mueren de hambre, si no tenemos voluntad para evitar las guerras, si nos falta la mano abierta para el que lo necesita y el compromiso con los heridos del camino, si no sabemos valorar las diferencias ni cuidar la Tierra que nos da vida, ..., entonces debemos echar las redes de otro modo y aprender a convivir con otras reglas: aquellas que encuentran panes y peces para todos, techo, trabajo, tierra, VIDA para todas, para todo el Universo del que somos parte.



Sociedad del Sagrado Corazón

Esta vuelta al Jesús de mi infancia me daba vitalidad y me ofreció un hermoso compromiso con la gente, con la vida y la realidad, con la historia. Y no es que yo iba a “salvar al mundo” del hambre, la guerra o la injusticia. Ni que las Hermanas del Sagrado Corazón hacíamos grandes proyectos que darían un giro a la historia. La propuesta era simplemente mirar alrededor y dejarnos cuestionar por las pequeñas historias, organizarnos con la gente para crear pequeñas experiencias donde aprender a crecer y a vivir, donde aprender a “echar las redes” de otra manera, donde hacer de la vida cotidiana UN BANQUETE. Sí, un banquete como el de Jesús. Sin misa ni sacramento, no hay honor ni reconocimiento. Es la mesa de todos los días, la de la gente, la más normal, pequeña, medio vacía. Esa que tiene el amor en las manos y se parte sin darnos cuenta.

Por esos días -y se cumplen 30 años-, otra pregunta me sacó de todos los modelos y propuestas que, según yo, significaba esta decisión de “ser monja”. Entraba en el noviciado de las Hermanas del Sagrado Corazón.

Era en El Peñón, un pueblo de pescadores en el oriente venezolano. Emilmar, de la comunidad de formación junto a Chiri y Jacquelin en aquel momento, me mira a los ojos y me dice: “Ahá, pero ¿cuál es tu experiencia de Dios?”.

¿Se imaginan mi asombro? “Mamá, creo que esto no lo habíamos conversado otras veces. Sobre Jesús, sobre los milagros, sobre aquella tan humana sensibilidad hacia el que más sufre, el empobrecido, el excluido, ...; sobre esto sí habíamos conversado y, con tu gracia y sencillez, aprendíamos cada día a actuar en consecuencia”.

Pero esto de la experiencia de Dios se me antojaba grande y desconocido. La había buscado, sí: en la oración larga y profunda, en los Ejercicios Espirituales, en la abnegación y el cumplimiento, en los sacramentos, ..., en los moldes de la religión. Esa era LA experiencia de Dios.

“Ahá, pero ¿cuál es TU experiencia de Dios?”.

No sé si logré responder la pregunta en el momento indicado. Sé que me acompaña la búsqueda. Y que hoy, en esta coyuntura histórica tan compleja y tan difícil en Venezuela, nos seguimos preguntando: ¿cuál es nuestra experiencia de Dios? ¿dónde encontramos vida y sentido? ¿con qué propuesta de convivencia logramos mayor felicidad? Las grandes compañías de la información siguen empeñadas en mostrar una Venezuela moribunda y un pueblo rendido, acabado, sin ilusión ni camino, sin salida, sin Vida: sin Dios. Y, sin embargo, las respuestas de este pueblo siguen siendo tan vitales y tan humanas como mi experiencia de Dios: que no renuncia a su sueño de dignidad y justicia para todos y todas, ni renuncia nunca a la mano tendida (no por llena, sino por tendida), con quien podemos seguir creciendo en el amor, que solo existe si en esta historia y en este cielo -que es la tierra- reconocemos y reconstruimos la VIDA EN ABUNDANCIA para todos, para todas, para todo.



Sociedad del Sagrado Corazón

De nuevo es la vida de cada día, la realidad con sus desafíos y milagros, la que nos devuelve LA experiencia de Dios. Y reconozco que un día, como aquella mujer del Evangelio, derroché un frasco de perfume y di todo cuánto tenía para ungir a una hermana que vi sufriendo (Mc. 14, 3). También lo negué tres veces. O quizá superé a Pedro (Mt. 26, 75). En mi desespero al ver que la ambición y el egoísmo -individual y estructural- nos está robando la Vida, la dignidad, la felicidad, lo negué más de lo que puedo confesar. Y como la hemorroísa corrí tras el manto de Jesús (Mc. 5, 28). Sabía que con tocar tan solo una esquinita de nuestra más humana bondad, saldría una fuerza capaz de curar a este mundo loco que se está negando a sí mismo la hermosa oportunidad de convivir.

Y si hay algo que hoy por hoy está reclamando la realidad mundial es la mesa compartida y la vida entregada. Quizá suena utópico (fuera de lugar), pero es, en realidad, una experiencia muy real y cotidiana. Y sí, tiene lugar en tantos hogares y pueblos, en tantos pequeños pesebres sin norma ni modelo. ¿Lograremos convertirla en estrategia política y económica, en convivencia de paz y cuidado?

Experiencias cotidianas, cercanas, reales y posibles. Me gusta pensar cómo preparar mesas abiertas donde cada persona pueda colocar aquello que trae entre manos y compartirlo. Las alegrías y las dificultades, los logros y los errores, la comida de cada día y a veces la escasez. Una mesa donde poder ofrecer el propio cuerpo y recibir otros. Y hacerlo con el orgullo de ser parte de algo más grande que uno mismo. Con la humildad de quien sabe que su aporte es importante, imprescindible.

Nunca se trató de que “sean perfectos, como su padre es perfecto” -y creo que no se enfadará la comunidad de Mateo (Mt. 5, 48)-, cuando “la Vida está llena de cosas pequeñas que le dan sentido” (JA Valderrama). Se trata de mirar alrededor (“¿tienen algo de comer?”), sentarnos en la misma mesa, con el mismo sueño, en la misma estrategia para VIVIR y CONVIVIR. De nuevo, la del amor en las manos, que se parte sin darnos cuenta.

Eucaristía sin exclusión de raza, pecados o normas. Comunión de cada día. Porque el encuentro con lo más profundo y sagrado de nosotros mismos es cuando juntos somos pan y alimento, vino y entusiasmo, mesa y ternura, invitación y compromiso.

Jesús se levantó y dijo: ¡Cuánto he deseado preparar esta mesa con ustedes! Llenarla de paz, de justicia, de amor para todos. Esta historia es mi propio cuerpo y quien se una a ella tendrá vida y vida en abundancia.

Termino con otra pregunta fascinante. Con ella celebro la Vida junto a cada una y cada uno de ustedes. Con ella podemos caminar otros 30 años.



¿Dónde vive Jesús vivo?

Por Iris María Landrón Bau

¿Dónde vive Jesús Vivo?

¿En qué pueblo, en qué aldea, en qué ciudad?

*¿Quién va a decirme dónde habita,
se duerme y se despierta?*

¿Qué playa contempla

cuando el sol se le ausenta por el horizonte?

*¿Qué taberna frecuenta cuando siente sed,
qué pan amasa cuando siente hambre,
qué sendas anda?*

¿Con quién se sienta a conversar

cuando la soledad le agarra

por los cuatro costados?

¿a quién añora y busca?

¿Quién va a decirme dónde vive Cristo?

¿en qué ojos han visto su mirada herida?

¿Quién va a decirme cómo Amarle,

cómo Vivirle las 24 horas y más de la jornada?

¿Quién va a librarle del cajón de cartón

donde le mantiene una doctrina caducada y falsa?

¿Quién va a explicarme cómo seguirle DE VERDAD

y entrar con él en la calle de los pobres y los marginados?

¿Quién dará la cara por él

cuando haya que sacar del templo a los fariseos,

besar a Magdalena y compartir el pan?

Fernanda Vacas RSCJ